



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

HOY se celebra la festividad de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba. La mayor parte de los cubanos venera esta santa imagen y como es condición humana, cuando se ha perdido la fe en los esfuerzos materiales, esperarlo todo del milagro, seguramente que en este día más, de cinco de los seis millones de habitantes que componen nuestra población, dirigen sus preces a la Caridad, confiando en el milagro.

Que a lo mejor es el mismo en la mente de todos.



Después que tuvimos oportunidad de contemplar a Miguel Mariano Gómez, hijo de José Miguel, figurando en una misma coalición electoral junto con el General Menocal, sería pueril negar que en política todo puede suceder.

Por eso, no es de extrañar cómo en este gobierno se reparten los mejores puestos, cordunizando entre sí, machadistas y abecedarios, que hace apenas veinte años fueron irreconciliables enemigos.

Entre los primeros, observamos a "Felo" Guas, a Alliegro, a Carmelo Urquiaga, etc.

Formando parte del segundo grupo hallamos a Joaquín Martínez Sáenz, a Santovenia, a López Dorticós, y otros.



La tragedia económica de cualquier cubano que por un imperativo categórico de la existencia tiene que comprar determinados muebles: un juego de cuarto o un juego de comedor.

Lee todos los anuncios de los periódicos; luego recorre diversas calles, con intención de observar las vidrieras; escoge uno con la vista y hasta se atreve a averiguar el precio. Ya sólo falta tener el dinero en la mano para realizar la operación. Y se inicia el largo y angustioso proceso de encontrar en un "bicho" de la Charada, en un terminal de Castillo, en una centena de la "Central" o en un "parlay" de la China, la solución de su problema.

Al cabo de varias semanas se convence de la inutilidad del medio empleado, no sin que le haya costado algún dinero la experiencia, y al fin se

decide ir a la mueblería a fin de llegar a un entendimiento con el comerciante y sacar los muebles a plazos. Su valor es de 200 pesos, pero en esa forma dilatada, el dueño de la mueblería hace en su presencia distintas operaciones aritméticas que él no entiende y al fin, como una ganga, se lo deja en 600 pesos, a pagar 25 pesos al mes. ¡Un verdadero regalo!

Las dos primeras mensualidades son abonadas con escrupulosa puntualidad. La tercera es demorada por circunstancias fáciles de comprender. En la cuarta ocurre el primer fallo que, al unirse con el quinto vencimiento, se hace imposible de solventar. Se acumulan varios plazos. El mueblista apremia, casi amenaza y, ante el temor y la vergüenza de que le quiten lo que ya considera suyo, recurre al extremo heroico. ¡El garrotero!

Aquel señor que en la oficina se le ha ofrecido en distintas ocasiones con idea de servirlo, puede salvarle por el momento la situación. Y efectivamente, como un favor especial, le presta los cien pesos que necesita para ponerse al día con el comerciante, mediante el módico interés del veinte por ciento mensual. ¡Casi un regalo!

Son ya cuarenta y cinco pesos los que tiene que pagar cada treinta días este resignado ciudadano que trata por todos los medios de cumplir sus compromisos, pero se entorpecen sus cálculos y agobiado por el comerciante y el garrotero, busca otro garrotero!

Rápidamente lo encuentra. Le facilita los doscientos pesos necesarios, mediante la firma de cheques en blanco y también con el módico interés del veinte por ciento... ¡Con ochenta y cinco pesos al mes queda libre de todo compromiso económico, cada treinta días, este buen hombre!

Y durante meses y meses trata de lograrlo, pero no puede más. Ya no encuentra quien le facilite dinero, porque se ha corrido la voz de su incumplimiento. El cuitado se desespera y al cabo del año ha pagado más de mil pesos por lo que sólo vale doscientos y está a punto de perder los muebles, perder la vida, bien por la vía del suicidio o del homicidio o de perder la vergüenza... y seguir viviendo sin pagarle a nadie.